

NUESTRA FALTA DE FE

Tanto es así que decía: «Un profeta no es despreciado más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa» (Mc 6,4). Te sentías despreciado; no valoraron lo que tenían. Y eso lleva como consecuencia lo que el Evangelio dice a continuación: «No pudo hacer allí ningún milagro, solo curó a algunos enfermos imponiéndoles las manos y se admiraba de su falta de fe» (Mc 6, 5).

No pudo hacer milagros por su falta de fe. Que desgracia, tenerte Jesús en su pueblo, que te acerques a ellos para traer la buena noticia a tus amigos de infancia, a familias conocidas, a gente que querías, y que te lo impida su falta de fe.

Qué pena que no se les ocurrió pensar: ¿Y si resulta que es alguien más, que Jesús es el Mesías esperado? Este Jesús, hijo de María y de José, que vivió una vida tan normal entre nosotros. ¿Si fuera el Salvador esperado? Aparentemente, si es que alguno tuvo este tipo de planteos, no fue más allí, porque la duda pudo más, la incredulidad, el agarrarse a lo que le era conocido y dominado. Este es Jesús, el que es uno más, el que ya conocemos.

Causas razonables

Y esto nos puede llevar a plantearnos: Señor, en ocasiones ¿no seré que yo también tengo esta actitud un poco incrédula ante tu presencia en mi vida? Porque pienso que es posible ver los eventos pequeños y grandes con una mirada sólo material y terrena, donde todo se podría explicar con causas razonables. Pero a la vez creo en tu amor, en tu interés por mí, en que estás en todas partes, que me miras con cariño y que podrías estar haciéndote presente a través de un evento o de una persona.

En estos días volví a mi casa alguien que había salido a correr -Claudio, que quizás está haciendo oración con este audio-, y yo le acerqué una jarra de agua y después me dijo: En el juicio te van a decir: Tuve sed y me disteis de beber. La verdad que a mí no me costaba nada acercarle una jarra de agua, pero puede ser.

Y vemos en los santos que tantas veces encuentran esa presencia del Señor que está dando una gracia, pidiendo algo, dando un regalo. Y uno puede ser, como los de Nazaret, que se queda como si nada: «Ah, esto es parte de mi cotidianidad, esto es lo normal. O uno puede aprovechar esa gracia pensando: ¿Acá está el Señor invitándome a recibirlo o a tratarlo, o a que le agradezca

JESÚS NOS REGALA GRACIAS EN MEDIO DEL DIARIO VIVIR

Hay un librito muy bueno [de Jacques Philippe que se llama La confianza en Dios](#), en el que cuenta un evento en la infancia de Santa Teresita de Lisieux que podría haber pasado por uno más. Resulta que ella había quedado con una sensibilidad exagerada desde la muerte de su madre -que había ocurrido cuando la santa tenía cuatro años; por ser tan sensible, a veces lloraba o la pasaba mal sin tener verdaderos motivos.

La anécdota es que, en una Navidad -que sería la última en la que le pondrían un regalo en la chimenea porque iba dejando de ser una niña-, a su papá le salió un comentario como: «menos mal que es el último año» -estaba un poco cansado de la costumbre, de buscar el regalo y ponerlo. Teresita lo escuchó y se sintió profundamente herida por ese comentario de su padre. Entonces tuvo la tentación de llorar y de alguna manera arruinar así la Navidad para toda la familia.

Sin embargo, ella cuenta que recibió la gracia en ese momento para sobreponerse, como si Dios le dijera: "Bueno, se acabó". Dice el autor

Recibió una especie de intuición, como una llamada del Espíritu Santo: "No, Teresa, se acabaron las chiquilladas, ¿no puedes dejarte llevar y estropear las Navidades a los demás! [Entonces] cumpliendo un acto de valentía, hizo como si no hubiera ocurrido nada, se mostró alegre, contenta, abrió sus regalos riendo, dando las gracias y, sorprendentemente, se curó en ese mismo instante. Ella misma dijo que recobró la fuerza del alma, que había perdido con cuatro años de edad, tras la muerte de su madre" (Jacques Phillipe, La Confianza en Dios, Cap. 1).

En el Carmelo

Y así pudo entrar después en el Carmelo y asumir su vida de una manera admirable y valerosa. Mira cómo estaba ahí detrás el Señor, con una gracia para concederle, detrás de algo tan banal, una situación como quizá tantas otras. Y ella supo encontrar ahí un llamado, la fuerza del Espíritu Santo, y que fue determinante para su vida.

En nuestra vida, en nuestros trabajos, en nuestros encuentros con personas, situaciones en las que sufrimos o en las que nos sentimos agradecidos, ¿no estaríamos también Vos, Jesús, detrás? Y nadie nos lo puede decir o demostrar. Pero si tenemos un poco más de fe que estos paisanos tuyos, Jesús, quizá puedas obrar milagros en nuestra vida, si sabemos ver la mano de tu Padre, una gracia del Espíritu Santo ante una prueba, o una ocasión de verte en el prójimo. Vamos a terminar esta oración pidiéndole a María que nos consiga de Dios esa fe. Ella sabrá encontrar a Dios en los detalles más pequeños. Que nos ayudes, Madre nuestra, a buscarlo hoy mismo, agarrándonos de tu mano, a ver si hoy descubro en qué evento, en qué persona, en qué prueba o qué regalo, viene ahí detrás tu Hijo, con una gracia para mí. Señor, que sepa descubrir las gracias que me das en mi diario vivir a través de personas y eventos que parecen insignificantes.